

POEMAS

Maliyel Beverido

I

Desde que te conozco
hay esquivas de tu acento
en todo lo que escucho.

II

Desde que te conozco
tengo esquivas de tu nombre
en todo lo que digo.

UNO,
dos,
tres.

Uno, dos, tres por mí.

Uno, dos, tres por el juego que alguna vez jugamos,
por el bote pateado, por los balones perdidos en traspatis,
por la muñeca rota,
por el escondite del que no salimos nunca
y por la infancia que se nos fue en desbandada.

Uno, dos, tres por los cinco minutos más –solo cinco–,
y la urgencia de materializar esa sensación de vértigo
en un salto mortal sobre la acera,
esa magia frenada o deshecha,
por el labio roto de espera y la rodilla rota en la huida.

Uno, dos, tres por la merienda de los castigados,
por las tareas a medio terminar y las que el perro se comió,
las que llevaban un mensaje oculto,
las indescifrables y las cabalmente cumplidas.

Listos o no, el tiempo corre.

Uno, dos, tres por mí,
que desperté una mañana con un trabajo, con una casa,
y luego sin ambos.

Uno, dos, tres por los que siguieron jugando cuando se acabó el juego,
por aquel a quien ahora le aprietan los zapatos,
por el que lleva un traje demasiado grande,
por el que se enganchó a la prenda como a una penitencia
y dejó de mirar el color de su piel.

Uno, dos, tres por quienes fueron abandonados por todo juego.

Los que se hicieron estatuas de sal
y los que se hicieron ceniza.

Uno, dos, tres por mi padre y mi madre enterrados uno al lado del otro,
por mi hijo no nacido,
por la tumba de los abuelos que nunca he visitado.

Uno, dos, tres por mi niño que quiso un prado cada vez más grande,
cada vez más vasto, cada vez más yermo
y en lugar de jugar erigió su pedestal solitario.

Uno, dos, tres,
el tiempo sigue corriendo
y ya no quedan escondites.

Uno, dos, tres por mí y por la mano que escapa de mi mano.

Uno, dos, tres por mí,
escondida detrás de un escritorio,
llevando una cuenta que no es mía.

Uno, dos, tres por mí y por todos mis compañeros. **LPyH**